

OCT 16 1990

REVISTA
#135
TEOLOGICA



V. 3 4
3
1984
?
,

PUBLICACION

DEL

SEMINARIO
CONCORDIA

CONTENIDO

	<u>PAGINA</u>
* EDITORIAL	1
* BOSQUEJOS DE ESTUDIOS BIBLICOS	3
* LA LOGIA SIRVE AL PUEBLO ¿POR QUE LA IGLESIA NO?	13
* CATEQUESIS PARA IGNORANTES	18
* MISTERIO Y DINAMISMO DE LA VOCACION CRISTIANA	27
* NOTICIAS	35

Año 34 - N°; 135 - 3/1989.

”DE

CATECHIZANDIS

RUDIBUS”

(Catequesis para Ignorantes)

SAN AGUSTIN

Primera Versión española por el P. Arsenio Seage;
Editorial Plantin, Buenos Aires, 1953.

INTRODUCCION:

Abundante y substancioso material para la reflexión y la maduración personal es este breve tratado, hábilmente sintetizado y comentado aquí por su fiel y cuidadoso traductor.

En la siempre inmensa y acuciante labor educadora de la iglesia, no podemos subestimar la forma creativa de resolver las necesidades de su tiempo que tuvieron nuestros antecesores. El legado de San Agustín pasa a Lutero, a Walth y a nosotros... y Nuevas formas/Fuentes viejas.

Y ciertamente se remonta en el tiempo al divino RABI. Desde ahí hasta hoy, trazar un imaginario arco histórico es una tentación a la que uno no puede sustraerse.

¡Que sea de bendición esta lectura!

Colaboración del pastor Jorge Berger.

1. Este tratado titulado DE CATECHIZANDIS RUDIBUS -catequis para los ignorantes- fue compuesto por San Agustín en el año 400.

Pertenece al período de su mayor producción literaria. Entre los libros de ese año -parece que fueron nueve- figura nada menos que el famosísimo de "Las Confesiones", y tuvo comienzo el fundamental tratado teológico sobre "La Trinidad".

Con todo, no tiene ni el volumen ni la importancia de los mencionados. No obstante su intrínseco valor, está muy lejos de parangonarse con tantas otras producciones del genio agustiniano, capaces, cada una de ellas, de asegurar la fama literaria y científica a cualquier escritor.

Le cupo el triste destino de las numerosas pequeñas grandes obras de San Agustín; la poca fortuna -por decirde tener otras hermanas mucho más importantes. No ciertamente sin razón, la posteridad fija atención preferente en estas últimas, cuyos títulos emergen a través del tiempo con caracteres descollantes.

Sin embargo, ha de tenerse en cuenta que en muchísimos casos, los genios se perfilan con más nitidez y son más asequibles, precisamente en estas pequeñas joyas, donde se percibe como escorzada la vastedad de sus concepciones y lucen en forma vivaz los rasgos sobresalientes de su pensamiento.

2. Este pequeño libro es además, el primer intento para dotar a la didascalía cristiana de un esquema práctico de la enseñanza religiosa a impartirse a los catecúmenos.

En él, pese a sus evidentes limitaciones, se encuentran no pocas ideas fundamentales del ideario agustiniano, en forma embrionaria, que le exigirán con el andar del tiempo un desarrollo más extenso y una valoración de mayor ajuste.

Contiene todo un sistema y toda una metodología didáctica expresada con aquella singular modestia, que fue como el estilo de este pensador eminente; el cual, en la mayoría de los casos, no se propuso escribir con esmero de especialista, ni siquiera con finalidad escolar. Casi todas sus

obras han sido redactadas a toda prisa: dictándolas en medio de ocupaciones apremiantes, para complacer a sus amigos, respondiendo a las exigencias de una necesidad práctica y circunstancial.

3. En este caso, fue para complacer a un diácono de la iglesia de Cartago, de nombre Deogracias, que fastidiado por la monotonía de su enseñanza catequética, acude a él en busca de luz y aliento.

Agustín no puede negar nada a nadie, y menos a los amigos.

El afecto es en él una fuerza propulsora y eficaz como en pocos hombres. De ahí también la confortante suavidad de sus expresiones que hallan adecuado marco en el estilo epistolar.

Así, después de unas palabras de consuelo y estímulo al afligido diácono catequista, pasa al objeto propuesto. Lo desarrolla en dos partes. En la primera expone las normas que han de tenerse en cuenta y los defectos que deben evitarse en la enseñanza de la religión. Y en la segunda ofrece dos muestras de carácter práctico de lección catequística. Una extensa, para los mejor dispuestos y capacitados, y otra más breve para los casos excepcionales.

4. ¿Quiénes son estos rudes, que concurren a la catequesis del diácono "doctor de la palabra", de la iglesia de Cartago?

Son, desde luego, personas adultas, de las que formaban el mayor sector de la población de la gran metrópoli africana.

Rudes corresponde en castellano a tosco, inculto, inexperto, ignorante. En este caso, es el que desconoce la doctrina cristiana y no posee una cultura general muy extensa. Por aquel entonces, el libro era muy costoso; y la cultura, patrimonio de muy pocos.

La lectura de este tratado nos indica cuánta haya sido la consideración que le merecían al santo Doctor, porque po

quísimos supieron como él lo que es vivir en el error, lo cual ha hecho exclamar a uno de los escritores modernos, que más profundamente estudiaron el espíritu y la obra de San Agustín: "Este es uno de los libros en que se revela con más energía y vastedad su amor a la pobre humanidad... nuestro siglo que se ufana de amor a la humanidad no puede permanecer frío e indiferente ante esta manera admirable de rebajarse hasta las últimas miserias de la ignorancia" (Poujoulat, Historia de San Agustín, pág.183, Madrid).

En orden de mayor cultura, vienen luego los que agrupa en el capítulo noveno de la primera parte, bajo el marchamo de "Gramáticos y oradores". No obstante su mayor preparación literaria, San Agustín los trata con marcada desconfianza y un no sé qué de ironía. Quizás porque los conocía muy bien, pues había pertenecido a su número. Eran técnicos y "vendedores de palabras". Esta era una opinión que compartía con casi todos los escritores de la época, tanto cristianos como paganos. El oficio no pasaba de ser un "mercado de charlatanería y una cátedra de mentira" (Confes. IX, II, 2). Pero la gracia de Dios también golpeaba a las puertas de sus almas. El catequista debe acogerlos; pero estar alerta y prepararse para que la caridad remedie con humildad los efectos de la ostentosa presunción.

En el capítulo octavo, se exponen las formas de adoctrinar a las personas verdaderamente instruidas y cultas. Su contenido es rico en sugerencias psicológicas y recursos de cristiana prudencia.

No falta tampoco un capítulo para los niños: el doce de la primera parte. La caridad ha de suplir pacientemente sus deficiencias y ha de proporcionar los medios para que el catequista consiga llevar a la enseñanza del evangelio los métodos maternos de educación para obtener el cariño de los pequeños oyentes y asegurar la eficacia y perseverancia tanto de los alumnos como del maestro.

5. La prueba primordial a que debe ser sometido el que desea ser cristiano, consiste en comprobar la absoluta libertad con que procede. Es un principio agustiniano: "No puede creer sino el que quiere". Se trata de una libertad fundada

en la razón porque "es deshonoroso creer a alguien sin razón" (De Util. Cred. XIV. 31), afirma asimismo el Santo.

"Hay que servir libremente a Dios" (De Ver. Rel., XIV, 28). Con la creación del hombre, Dios ha enriquecido al mundo con el don de la libertad, del cual arranca el poder y el deber de servirle por amor, y no por miedo al castigo ni por interés material.

Un amor libre y desinteresado redunda exclusivamente tan sólo en provecho de la criatura y es de honra para la bondad e infinita generosidad de Dios, cuya gloria está en dar espléndidamente porque él nada necesario recoge de sus criaturas: "No ha menester de bien ajeno, por ser bien soberano por sí mismo" (Id.).

Ha de averiguarse, por tanto, cuáles sean las reales causas que mueven al alumno a solicitar su admisión en la iglesia, con el objeto no sólo de evitar la violencia externa, sino también toda coacción interna, como la proveniente del temor y de la superación.

6. Asegurada la libertad, tanto interna como externa, síguese la necesidad de conocer bien al oyente a los efectos de conseguir su atención y adhesión a la doctrina cristiana. Por esto, la adaptación del maestro a la mentalidad del alumno y a sus circunstancias ambientales es punto fundamental.

Para conseguir las no basta el querer hacerse entender, son necesarias, además, dos condiciones que deben transir toda la catequesis: el amor y la alegría.

Toda la docencia es un menester de persuasión; pero camino más corto para alcanzar esta persuasión, y con ella los contralores formativos de la mente y del corazón, es el afecto. Si éste es problema común a todo enseñar, ¿qué diremos de la catequesis? "¿Puede ser otra razón -pregunta San Agustín- que el mostrarnos Dios el amor que nos tiene y que su amor ha de ser hondamente apreciado por nosotros?" (De cat. rud. IV, 7).

Este amor de parte de Dios a los hombres ha de ser el fin de toda catequesis; de modo que toda ella ha de estar penetrada de este sentido: "Todo lo que digas -añade-, así lo has de decir que el oyente escuchándote crea, creyendo espere y esperando ame" (Id. IV, 8).

Para alcanzar esta sublime meta, es indispensable que el catequista se halle compenetrado de este afecto hacia Dios y participe del amor que El tiene por el alumno. Esto exige desinterés y consagración.

El desinterés hará apreciable su afecto. El Santo asegura que la caridad transforma al catequista ennobleciéndolo por el testimonio "de la buena conciencia de no haber exigido a los demás ninguna otra cosa que no sea la eterna salvación de sus oyentes" (Id. X, 15).

La caridad desinteresada hará completa la consagración hasta el heroísmo. "Compenetrarse -afirma- mutuamente, de manera que ellos escuchando nos entiendan con sus mismas palabras y nosotros enseñando aprendamos de ellos a expresarnos en forma que les guste" (Id. XII, 17).

Esto impone sacrificios y no pequeños. Tan sólo la caridad, el amor a Dios y a las almas, puede estimular la voluntad y encumbrarla sobre todos los obstáculos. San Agustín lo expresa admirablemente en una frase harto conocida: "donde se ama no hay dificultades y si las hay se aman las dificultades".

De este modo el catequista habrá alcanzado la correspondencia y a la vez el afecto de su alumno, y así también se le ofrecerá amplia y expedita la senda del corazón y de la mente, porque -como afirma el Santo- "no se alcanza la verdad sino por el amor".

7. De la libertad y de la caridad fluye naturalmente la alegría. Esta no debe faltar jamás en el catequista. Nuestro santo Doctor le concede en este tratado una indiscutible y primordial importancia, como al resorte de cuya función depende el éxito docente. "No cabe duda -nos dice- de que seremos oídos mucho más gratamente si también nosotros nos gozamos en nuestra labor. Porque el hilo de nuestras palabras

vibra en nuestro gozo, y observaremos que brotan más espontáneamente y son recibidas con más aceptación (Id., II, 4).

Para él toda la metodología gira en función de la alegría: "Máximo cuidado -insiste luego- debe ponerse en conseguir aquel método que más gusta al catequista: tanto más deleitable será la lección, cuanto más esto se consiga" (Id.).

Aun cuando Deogracias no parece mostrar mucho interés por este aspecto capital de toda la buena pedagogía, no obstante -quizás por esto mismo- San Agustín se explaya detenidamente por desenvolver este tema para desterrar de la enseñanza catequística y del ánimo de sus participantes toda posible tristeza.

Con habilidad quirúrgica descubre y sindica hasta seis causas productoras de este gusano roedor del éxito. En síntesis, helas aquí:

Dificultad de expresar con exactitud el propio pensamiento, temor de equivocarse, hastío de repetir siempre lo mismo, indiferencia del alumno, cambio inesperado de plan, y falta de perseverancia en los oyentes causada por los escándalos y las apostasías.

Empero, no se contenta con delatarlas, sino que de inmediato ofrece la terapéutica respectiva: adaptación caritativa, corrección sincera de uno mismo y afectuosa de los demás, imitación de los métodos familiares, amenidad en el decir y evitar la fatiga, física y moral, resignación a la providente voluntad de Dios y, finalmente misericordia con los débiles y más caridad con los nuevos alumnos.

Aquí, como en todo, para Agustín la caridad no sólo es una fuente inagotable de alegría, sino el plano donde se realiza y consume la verdadera libertad: "ama - dice- y haz lo que quieras". No habrá ningún temor de que la libertad se exceda si está regulada por una sincera y profunda caridad. Muy por el contrario, pareciera que la voluntad misma, como prueba de la magnitud de su amor, crearía los preceptos si no existiesen. Pero no lo necesitaría, pues el amor a Dios comprende toda la ley. Cuanto más se lo ama, más libertad hay, porque la caridad excluye el temor (Juan, IV, 18).

8. Como queda dicho, la segunda parte de este trabajo expone dos modelos de lecciones, que nuestro Autor llama el narración, porque se basan en la profecía y en la historia.

Todo el Antiguo Testamento es para Agustín el preanuncio del Nuevo, que es la realización y perfección del anterior. "Lo que está oculto en el Antiguo Testamento es claro y manifiesto en el Nuevo". Además, para él la historia es como un bellísimo poema. Con estos dos elementos elabora un método, al que concede una importancia primordial.

En efecto, en su tratado De Vera Religione, sostiene que "el fundamento para seguir esta religión es la historia y la profecía, en las cuales se descubre la dispensación temporal de la divina Providencia en favor del género humano, para reformarlo y reestablecerlo en la posesión de la vida eterna" (VII, 13). Y más adelante añade: "La divina Providencia no sólo atiende al bien de cada uno de los hombres en privado, sino también públicamente a todo el género humano. Lo que en el interior de cada uno acontece sábenlo Dios y los favorecidos por él. Y lo que se ha hecho con todo el género humano lo quiso transmitir por la historia y la profecía" (XXV, 46).

Se trata, pues, de realizar una armoniosa síntesis, que descifre el misterio de la humanidad premesiánica y patentice la sublimidad de la obra de Jesucristo, mediador de Dios y de los hombres, indicar a través de la actividad profética y de su realización, el plan trazado y ejecutado por la amorosa Providencia a favor de la humanidad.

Ninguna religión puede enfocar el acaecer histórico con tanta realidad apodíctica como el Cristianismo.

Profecía e historia, trama y urdimbre de esta maravillosa obra de la Providencia en beneficio de la criatura humana; donde, cual relieve de un bordado de exquisita factura y belleza, se destaca la figura histórica y la mística del Verbo humanado, Cristo y su iglesia.

Estas catequesis eran previas. Vale decir que mucho tendría que esperar todavía el oyente hasta llegar a escu-

char las grandes y consoladoras verdades del évangélio y la aclaración de los misterios litúrgicos. Pero este diorama histórico de Cristo y la iglesia, anunciados y realizados, debía producir una potente impresión en el ánimo y suscitar una favorable disposición de la voluntad para perseverar en la enseñanza catequética.